



# EL SEÑOR DEL CARRUAJE

*Por Ada Albrecht*

**H**abía una vez, en la aldea de Bidhu, un niño mendigo huérfano de padres. No tenía choza donde guarecerse. Dormía en las calles. Las limosnas que le daban eran magras. Las más de las veces, lo hería el hambre. Algún poco de arroz, pan duro, y una fruta encontrada al albur, era su comida cotidiana.

Cierta vez, mientras deambulaba por los alrededores, vio en medio de las sombras, detenerse un carruaje. Era entrado el anochecer, y el sol se había ido tiempo atrás.

—Tal vez halle a una persona buena en el interior de ese vehículo y me dé algo de comer —se dijo Mohli, el mendigo.

Cuando llegó cerca del mismo escuchó que en su interior alguien lloraba con gemidos tan hondos y sentidos que asombraban a los mismos oídos del dolor. Mohli aguardó un instante, luego el silencio pobló el interior. Mohli tímidamente golpeó su puertecilla, y ésta se abrió, asomándose un hombre que se quedó mirando a Mohli por un instante.

—Sube —dijo—. Te llevaré a mi palacio, donde cambiarás tus ropas y tomarás un baño. Mis sirvientes te prepararán de comer.

Mohli ascendió al carruaje. Hubo entonces un instante de silencio.

—Eres idéntico a mi hijo —exclamó suspirando el extraño personaje, y agregó:

—Hace ya un tiempo que lo he perdido. Era de tu misma edad.

Luego dio orden a su cochero y comenzaron el viaje. Durante todo el trayecto, ni Mohli ni el señor del carruaje pronunciaron palabra alguna. Sin embargo, Mohli pudo percibir en el rostro de esa amable persona que una serena felicidad poco a poco disipaba la tristeza que la embargaba.

Al llegar al palacio, ordenó a sus sirvientes que llevaran al visitante a una habitación, le dieran ropa nueva, lo asearan y luego le ofrecieran alimentos sabrosos y algunos dulces. Ordenó también que al día siguiente lo acompañaran a la entrada para que pudiera regresar a su aldea.

Ya de vuelta en las calles que le eran familiares, Mohli continuó con su rutina diaria.

Los años pasaron, creció, se hizo un hombre, buscó un oficio, y de algún modo, la vida le sonrió. En la aldea levantó su pequeña casa, luego se casó y tuvo hijos.

De este modo, muchas cosas le ocurrieron, sin embargo, extrañamente, durante el resto de sus años sólo hubo un recuerdo luminoso que siempre estuvo presente en su alma: aquel viaje que hiciera en su niñez, en compañía del amable y misterioso señor que lo llevara al palacio.

Querido lector: si observas dentro de tu corazón con los ojos del sentimiento verás que en él mora un niño idéntico a Mohli. Todos somos mendigos de la Luz. Todos deambulamos por la vida, famélicos de hambre espiritual, o de ideales, o de sentimientos y afectos que no nos sonrían como deseamos. No tenemos lugar donde reposar. La existencia casi siempre es miserable. Se viste el alma del hombre de angustias y lágrimas inconfesadas. Vivimos en la aldea de Mohli; la aldea es *Mâyâ*, la Gran Ilusión. El hombre rico que había perdido a un niño idéntico a Mohli representa el Conocimiento Espiritual, de quien el ser humano se aparta para caer en la muerte del alma, que es la identificación con su personalidad ilusoria. El palacio donde Mohli es llevado por el hombre rico, simboliza el buen *Karma* de toda vida humana. En toda vida humana siempre se presenta la oportunidad que nos otorga el contacto con lo Divino. Éste puede ser un

libro, una Escuela, un Maestro. Como no estamos preparados kármicamente para permanecer en sus dominios, debemos alejarnos de ese “palacio” luego de haber gustado por breve instante el alimento de la Sabiduría Perfecta que destruye el hambre, la sed del alma por saber. El hambre de la Sabiduría Perfecta es el hambre de Dios. No existe otro hambre — permíteme repetirte— que el hambre de Dios. Muchas veces lo anhelamos, pero nuestros pasos en el reino de la Fe son débiles, como los de un niño desnutrido, y no pueden buscarlo. Clamamos por Él, pero las alas de nuestro amor se hallan cubiertas de plumones que no pueden volar. Intentan el vuelo, ¡oh si lo intentan!, pero se despeñan, una y otra vez. Es Mohli regresando a su aldea, y recordando en los años por venir ese sagrado momento en que siquiera por una vez, estuviera en el Palacio de Dios-Rey, y gustara el alimento de la Gracia.

*Del libro Bhakti Sûtras con notas pedagógicas, Ed. Hastinapura*

---